

Prólogo:

El fuego se abría paso entre las cabañas del poblado. Los aldeanos se organizaban para hacerle frente y frenar su avance mientras sus hijos mayores se llevaban lejos a los más pequeños. Hombres y mujeres luchaban codo con codo contra aquel incendio que no sabían cómo había comenzado. El sudor provocado por el calor se mezclaba con el agotamiento y la impotencia. El fuego seguía su camino y ellos no hacían más que retroceder.

- ¡Más agua! – gritó Kandrael con desesperación al comprobar que unos niños se habían quedado atrapados entre las llamas.

La caída de unas vigas fue la única respuesta que obtuvo y, nuevamente, tuvieron que retroceder. Muchos perdieron la esperanza y se quedaron inmóviles, incapaces de hacer nada, observando cómo el fuego destruía sus hogares. En aquel momento, como obedeciendo a una plegaria silenciosa, apareció Lluna.

Lluna era la reina de los ángeles. Esta raza era tratada casi como si fueran dioses. Eran admirados por su bondad y sencillez, aunque lo que más sorprendía de ellos eran los dones: los ángeles tenían la capacidad de otorgar los dones más asombrosos, y éste era el motivo por el que vivían aislados del resto de poblaciones. Sin embargo, este hecho no les impedía conocer lo que pasaba más allá de sus fronteras, y siempre que se les necesitaba se presentaban tan rápido como podían.

Pronto, más destellos de luz anunciaron la llegada de más ángeles tal y como había pasado con Lluna. En total eran seis, que se pusieron en fila delante de los aldeanos protegiéndoles del avance del incendio. Extendieron los brazos y entonaron unos cánticos ante la absorta mirada de los humanos. Los niños regresaron de sus escondites reuniéndose con sus padres al tiempo que una lluvia, tímida al principio pero más fuerte con el tiempo, comenzó a vencer las llamas.

Poco a poco, los aldeanos fueron testigos de su salvación. Contemplaban maravillados cómo el humo sustituía al fuego, y la lluvia cesó.

Los ángeles se giraron hacia ellos. Kandrael tragó saliva y avanzó unos pasos.

- Gra... gracias – dijo intimidado.

Lluna sonrió y le miró directamente a los ojos. Kandrael intentaba mostrarse más seguro, más confiado... era el jefe de la aldea y debía mostrarse a la altura. Nunca había estado frente a un ángel, y encontrarse de pronto ante seis de ellos, siendo uno la propia reina, era más de lo que podía imaginar. La mirada de ella, llena de comprensión y empatía, le hizo recordar las veces que había renegado de su especie y lo mucho que había criticado la ausencia de unos seres que eran tan necesarios en el resto del mundo, y sintió vergüenza.

- Os debemos una disculpa – replicó Lluna – nuestro retraso ha supuesto más vidas de las que desearíamos...
- Pero... si nos habéis salvado... creíamos que ya estaba todo perdido – la interrumpió Kandrael – nuestro pueblo está en deuda con...
- Nada de deudas. – esta vez fue Lluna quién cortó sus palabras con un movimiento de la mano – Es lo mínimo que podíamos hacer...

Unos aplausos llamaron la atención de todos los presentes. El corazón de Kandrael se encogió en su pecho. La persona que acababa de llegar era igual de conocida que los propios ángeles por lo que, a pesar de que Kandrael no le había visto en la vida, le reconoció perfectamente.

Un hombre estaba frente a todos ellos. Les miraba con una sonrisa maquiavélica, casi tenebrosa. Avanzaba hacia ellos imponente, entre los restos del incendio.

- Qué conmovedor... – dijo con una indiferencia casi glacial – Volvemos a vernos, Lluna.

Los ángeles que acompañaban a su reina retrocedieron temerosos, pero ella se mantuvo firme a pesar de que el miedo iba haciendo mella en su voluntad.

- Debí imaginar que estabas detrás de todo esto...
- Algo debía hacer para sacarte de tu escondite ¿no crees?
- ¡Son inocentes! – gritó ella fuera de sí - ¡Por todos los dioses! ¿En qué estabas pensando?
- No tengo tiempo para esto... – contestó secamente – Tienes algo que me pertenece...

Lluna se quedó sin palabras. Por primera vez se pudo ver el terror en su rostro.

- ¿Pensabas que podrías guardarlo en secreto? – el hombre volvió a sonreír – ya deberías saber que no hay nada que puedas hacer contra mí...

Vio cómo la reina estaba siendo rodeada por sus súbditos, quienes habían superado el terror para dar la vida por ella si era necesario. A su alrededor, los aldeanos se mantenían muy juntos, a la expectativa, haciendo el menor ruido posible por si, por alguna casualidad, él se olvidaba de ellos.

El hombre comenzó a caminar hacia la reina. Los ángeles se prepararon para el ataque, pero un sonido metálico a sus espaldas les hizo detenerse.

- No soy tan necio como para venir sólo... – dijo el hombre

Un grito de guerra anunció lo que llegaría después: un ejército se abalanzó sobre los presentes.

- ¡Protegedles!
- Pero, mi reina...
- ¡Protegedles! – repitió – es una orden.

Kandrael contempló la batalla encarnizada que se presentaba ante él. Él mismo fue incapaz de distinguir contra quién peleaba, pensando solamente en cómo escapar con vida de allí. De repente, todo se detuvo... la reina había muerto. Su cuerpo sin vida, a los pies de su asesino, era la prueba indiscutible de la superioridad del enemigo, al que nadie, ni siquiera ella, había logrado herir. El único ángel que quedaba vivo corrió hacia ella y, arrodillado, empezó a llorar la pérdida de su reina mientras se desvanecían en el aire.

- Señor – se le acercó uno de sus soldados – se la han llevado...
- Ya tengo lo que quería... – dijo sonriente tocando con suavidad un bulto en su capa
- ¿Qué hacemos con los prisioneros?
- Oh... matadlos... – dijo dándose la vuelta y comenzando a alejarse lentamente.

Llantos, gritos... Kandrael se estremeció al escucharlo. Sólo quedaban unos pocos frente al preparado ejército del asesino. Estaban desarmados, sabía que no iban a sobrevivir, pero aún así luchó hasta el último aliento.

El hombre continuó su camino dejando a sus espaldas todo aquello. Abrió su capa descubriendo el bulto y lo mantuvo frente a sí.

- Ya te tengo...